

LIBROS

El gustazo de matar

Tiene Isaac Montero un sitio muy suyo, difícilmente clasificable, en nuestra narrativa. Autor de varios "Documentos secretos" —el último de los cuales, "Necesidad de un nombre propio" (1), quizá sea la mejor de sus obras— y de una interesante novela, "Los días de amor, guerra y omnipotencia de David el callado", casi siempre ha incidido en la huella que la guerra y posguerra fue dejando en los españoles de hoy. Inevitablemente, el toque sociológico no podía faltar en este escritor, que, sin embargo, nunca ha hecho eso tan denostado hoy —con razón, pero también desde el irracionalismo y al ahistoricismo— llamado "realismo social".

No escapa a cierto sociologismo la última novela de Montero, "Arte real" (2). Quizá resultaba más inevitable, habida cuenta de que el autor se lanza aquí por la senda de lo policíaco. Es decir, de lo policíaco más o menos, porque lo que más se nota en esta densa novela es que Montero se lo ha pasado bien pergeñándola. Desde luego, no ha sido su intención ceñirse a las denominadas "reglas del género", y ese ejercicio de libertad, si priva a "Arte real" de ser una accidentada y movida narración policíaca, le otorga, en cambio, el atractivo, como suele ocurrir con cuanto hace Montero, de irse constituyendo en experimento formal. Se acumulan aquí guiños al lector, incluso codazos obvios para atraer su atención sobre tal o cual aspecto del texto; hay dilaciones, digresiones, sorpresas más o menos tremebundas, y, por supuesto, mucha elaboración a partir de lenguajes "no literarios", como el de los medios de comunicación.

Al reseñar el libro, no debe incurriarse en nada que revele la trama, y mucho menos la sorpresa final, puesto que en el sentido de lo que se cuenta sí es una novela policíaca. Digamos tan sólo que está ambientada de lleno en Madrid —en realidad, la ciudad



Isaac Montero.

que Martín Santos tildó acertadamente de descabada no puede estar más presente en todo momento—, y que viene a proponer la lectura del legajón salido de la pluma del inventor del "arte real" o "ars regia": arte consistente en perseguir, mediante la hábil acumulación de materiales e indicios por parte del anónimo ejecutante, que se vea un crimen donde no lo hubo y sentarse luego a disfrutar con la condena que sobre un inocente derive. No en vano desde las primeras líneas se sugiere: "¿Jamás quisiste, lector amable, borrar a tu prójimo de la faz de la Tierra y solazarte en ello?"

El humor rebosa del libro. Hay, sobre todo, ironía. La que se desprende de las reflexiones autocríticas del autor-criminal-artista al observar cómo prospera, medra, peligra o se atasca su "opera", y asimismo la ironía de contemplar qué desastre de ciudad, qué colmena de mezquindades y taturadas. Como Montero se lo ha pasado bien, a veces quizá se excede, como en las páginas referentes al ambiente pasota o prensa "marginal": aun sustentando en la verdad más volterianamente observada, el texto queda ahí un poquillo recargado de chistosidad algo reiterativa y de no exacta penetración sociológica: "Ozono", por ejemplo, no ha sido nunca revista pintiparada para que los fumotas la lean: ello implicaría un sentido crítico que esa tribuna no parece alimentar en la realidad, y tampoco en la zumbona visión que con motivos de sobra da de ellos Montero.

Pero no se crea que "Arte real" es simplemente una "di-

vertimento". Oblicuamente, donde menos te lo esperas, el autor desliza letalmente un arañazo venido de los más hondo, traído de improviso para el desasosiego y la incertidumbre. Abundan golpes bajos de esta guisa, en medio de estupendos alardes conceptistas: "Quiero que se vea como lo que es: algo que no alcanzó la magnificencia del arte por no atreverse a contener una confesión". ■ MIGUEL BAYON.

Cuando éramos pequeños

Se habla, se debate y hasta se combate por la rara historia del llamado "nuevo periodismo". Prestigiosas revistas le dedican números casi monográficos y el mundo de las letras —españolas, claro— se conmueve ante un fenómeno que es ya antiguo, si es que alguna vez ha sido algo. Pasa como con la tan cacareada novela negra y pasará lo mismo con la ciencia-ficción: la manía comercial de etiquetar la creación literaria, y concretamente la narrativa, en géneros que para lo que sirven, sobre todo, es para dar una mayor credibilidad a un producto comercial que se quiere vender. Y, de ese modo, se meten en el mismo saco a novelistas tan diferentes entre sí como puedan ser Ross McDonald y Raymond Chandler, o a cronistas como Robert Greenfield o Tom Wolfe.

Tom Wolfe.



La narración de este último, "Gaseosa de ácido eléctrico" (1) es un ejemplo claro de aquello que — pese a todas las etiquetas— no puede calificarse como periodismo, ni nuevo ni viejo, aunque sí sea una manera excelente y muy respetable de narrativa. Tom Wolfe —que es muy buen escritor y narrador, aunque cuando se ponga a teorizar sobre lo que hace meta la pata de una manera a veces lastimosa— nos cuenta una historia, una verdadera novela. Que los sucesos que narra estén o no basados en hechos reales o en su experiencia personal directa, es algo que no tiene nada que ver con el producto final: se supone que todo narrador introduce en lo que hace elementos de la realidad y que se basa en su propia experiencia para elaborar sus historietas. Lo importante de un narrador no es lo que narre, sino cómo lo haga.

Hecha esta salvedad, hay que hacer constar que la historia que en este caso nos cuenta Wolfe es, en sí, fascinante: nos sitúa en los primeros sesenta, en San Francisco, cuando éramos pequeños. Entonces empezaban a descubrirse cosas. Una de ellas, el LSD-25, más conocido como ácido. De los pioneros en tales descubrimientos, el más divertido fue el novelista Ken Kesey, autor del famosísimo "Alguien voló sobre el nido del cuco". Kesey, una personalidad carismática, encontró en el ácido un elemento revulsivo importantísimo no sólo de interpretación del mundo, sino de cambio del mismo. En las antipodas de Timothy Leary, sin el talante sacerdotal de este último, Kesey fundó en torno al ácido una suerte de no-comuna, basada en una experiencia religiosa "sui generis". Pero no se limitó a ello, no se quedó en la simple experiencia mística, sino que pasó a la acción: armado con un imponente equipo de cine y de sonido, se metió con su banda —los Alegres Pillastres, se llamaban— en un autobús escolar y se dedicó a recorrer los Estados Unidos, rodando y grabando lo que tenían a su alrededor, difundiendo también nuevos sonidos y —en una palabra— tratando de cambiar el ambiente a su alrededor y de transmitir a todo el mundo la experiencia psicodélica.

Toda esta historia nos la cuen-

(1) Co. Azanca/Júcar. Traducción de J. M. Álvarez-Flórez y de Angela Pérez.

(1) Akal.
(2) Alfaguara.

ADIOS A LAS LETRAS

Barran de las calles a los escritores

E ha parecido muy bien que cierta localidad vasca haya decidido barrer de una de sus calles el nombre del escritor castellano Miguel de Cervantes Saavedra, autor, entre otros libros de cierta difusión internacional, de Los trabajos de Persiles y Sigismunda.

Otras enciclopedias recogen que Cervantes también escribió el Quijote, aunque ésta puede ser conceptuada como una obra menor, cuya traducción a todos los idiomas del mundo, incluido el inglés y el suajili, ha sido un accidente, de los numerosos e inexplicables que se suceden en la historia de la literatura.

Miguel de Cervantes no merece, en realidad, ni una calle, ni un callejón, ni una acera. En El Toboso, donde se supone que conoció a Dulcinea, llenaron de rótulos las callejuelas manchegas, blancas y desnudas como los hijos de la mar. Ya se darán cuenta los toboseños de su tremendo error, ya saldrán de su duda existencial sobre la razón que tuvieron al creer, insensatamente, que homenajearan a un gran escritor.

Ni los toboseños ni el resto de los españoles que hasta ahora han mantenido en sus calles, avenidas y plazas el nombre de Miguel de Cervantes han sabido que homenajearan, en realidad, a un paria de las letras, que vivió utilizando una lengua imperial y deshonestista, un verbo que menciaba, con su sola pronunciación, la entidad más vibrante de los pueblos.

Miguel de Cervantes, muy astuto, era consciente de su tremenda fechoría. El Quijote, por ejemplo, fue su principal montaje a ese nivel. Lo escribió para favorecer a la clase opulenta, para engordar a los colonialistas, para reducir a cero a los que entonces, zaheridos y ateridos de frío en las distintas nacionalidades y regiones, trataban de expresarse en otras lenguas.

Con el Quijote, el conocido escritor logró su propósito. ¡Pues no le iba a lograr! Nunca nadie favoreció tanto la idea del Imperio como ese autor en ese libro.

Pero no se piense que ha sido Cervantes sólo el que se ha hecho acreedor de las iras de quienes barren los nombres de escritores de las calles del mundo. En realidad hubo muchos más, lo que ocurre es que el manco de Lepanto, precisamente por esa falla física, ha sido el más notorio. A Cervantes no sólo le falta ahora el brazo, sino que también le falta una calle en Euskadi.

Debió ser una política general la seguida hasta ahora exclusivamente por la localidad vasca en la que Miguel de Cervantes ha sido borrado del mapa.

Y no debe ser sólo Cervantes el escritor defenestrado de las esquinas nobles de las calles. Han de ser todos, porque comprobado está que los escritores son aquellos seres que de modo más deleznable hacen uso de la existencia de la lengua y de las aceras.

La operación limpieza debería extenderse, asimismo, a otros creadores, intelectuales, toreros, personajes de la historia filosófica, botánicos, inventores, santos, esquizofrénicos y asmáticos, siempre que su actividad haya ido aparejada a las innobles tareas de usar la lengua para provecho propio y ajeno. La lengua, el uso de la lengua, debe ser el primer cargo contra el personaje que aspira, aunque sea póstumo e involuntariamente, a encabezar una hilera de casas, a presidir una plaza o a tener una placa junto a cualquier fuente.

En Murcia han sido muy sabios al presentar reticencias ante Gabriel Miró, un literato cuyo delito, de nuevo, ha sido el de usar la lengua con una pulcritud inadmisibles. En los Países Catalanes, y en Figueras más concretamente, los sabios del lugar también se mostraron especialmente cautos a la hora de establecer si Salvador Dalí merece o no estar en una de las placas callejeras de la ciudad. La idea está corriendo como la pólvora: un día se darán cuenta de que esto es lo sensato y empezarán a barrer de los callejeros a todos aquellos intelectuales cuya sabiduría ha sido como veneno inyectado arteralmente en las entrañas urbanas de los pueblos.

Desterrar los nombres de los escritores, sugiero yo, y cambiarlos por los de los entrenadores de fútbol. Los vascos que han abolido a Cervantes tienen una oportunidad magnífica: sustituir el nombre del autor de Persiles por el del actual entrenador del Athletic de Bilbao, que es eslovaco.

■ SILVESTRE CODAC.



Don Miguel de Cervantes Saavedra.

ta Tom Wolfe. Y nos habla también de los Angeles del Infierno, de los primeros 'hippies' y, en fin, de todo ese mundo que pululaba en los Estados Unidos a finales de los sesenta y que contribuyeron a cambiar efectivamente toda una cultura. Está narrado de una forma extraña y entrecortada, muy alejada de la narración realista tradicional. Wolfe pretende —y en muchos momentos del libro lo consigue— transmitir un sentido del mundo, una visión de la realidad, sin limitarse a poner en escena unos personajes en un ambiente. ■ EDUARDO HARO IBARS.

Introducción a la teología cristiana

Un seglar pensador especializado en cuestiones bíblicas —el mejor libro sobre el pensamiento hebreo lo escribió él— y con una orientación filosófica que supera el encasillamiento dentro de las escuelas escolásticas, hace este copioso estudio sobre el diablo (1).

Un libro profundo y claro que, en lenguaje sencillo, trata los principales temas de la teología haciendo un planteamiento, en parte filosófico y en parte histórico (recogiendo desde la Biblia hasta los autores actuales).

Parte con razón de la idea igniciana de Dios como principio y fundamento, aunque sin hacer alusión a su propugnador. El edificio de la creencia personal suele ser hoy de poco arraigo y permanencia —según el autor, y yo lo creo también así— porque los fieles han desvalorizado el fundamento racional (puesto al día por supuesto) de la fe.

Nada básico y permanente puede construir el hombre sin fundarlo en la razón personal, que luego deberá desarrollarlo vitalmente. Pero la vida sin razón es de poca consistencia, como vemos hoy en la crisis profunda que experimenta el catolicismo. Una serie de concesiones al emotivismo y al irracionalismo han hecho un flaco servicio a la fe cristiana. Se ha convertido ésta en una veleidad más, o en una moda al aire de los tiempos: ayer envuelta en conceptos y actitudes retrógradas, y hoy en una delicuescente imitación de los re-

(1) Por Claude Tresmontant. Ed. Herder. Barcelona, 1978.